

# ¿Cómo nació Superman?

CARMEN BOULLOSA

*Para Raquel Senir y Marta Lamas*

*El poema prepara un orden amoroso. Preveo un hombre-sol  
y una mujer-luna, el uno libre de su poder, la otra libre  
de su esclavitud, y amores implacables rayando el espacio negro.*

Octavio Paz

**T**erremoto eléctrico: en la sala de juntas del *Daily News*, un hombre elegantemente vestido, de rasgos indios, se ha presentado a reclamar Metrópolis-Manhattan<sup>1</sup> para los suyos, los legítimos dueños del lugar. Lo escuchan el director del periódico (respetable, serio, canoso, si no entrado en años sí considerablemente mayor que sus muchachos), Clark Kent (recortado con el lápiz de la masculinidad, la quijada angulosa, hombros de ropero) y Luisa Lane, toda ella un dechado de atributos enteramente femeninos: el peinado de onda en el cabello largo y sedoso, la boca roja perfectamente delineada, los enormes ojos, el cuerpo lleno de curvas, la ropa impecable, las uñas pintadas, las manitas delicadas, la gesticulación coqueta, invitadora. Luisa es bellísima y sensual.

En estos dibujos animados de 1941, nadie es más femenino que Luisa Lane, y Clark Kent irradia masculina fuerza, escondida y domesticada. Son el Adán y la Eva para el hombre y la mujer de la ciudad del siglo XX, dos figuras arquetípicas, llenas de virtudes imitables en las que el eje de su definición estriba en su género. Él parece el hombre fuerte que combatirá al enemigo ante la guerra. Ella es evidentemente capaz de suplirlo para que el país no se hunda en su ausencia. Los dos

son jóvenes, vigorosos, los dos son colegas de trabajo, rivales por la nota del día, reporteros de primera plana, los dos están en la cúspide de la principal ciudad del imperio, en un diario de difusión nacional, el más importante y el mejor, si les creemos a sus palabras.

Clark Kent es enteramente masculino, un hombrezote fortachón que usa lentes sin necesitarlos, como Luisa es femenina a ultranza, con una diferencia radical: Luisa se ha permitido cruzar a territorios antes prohibidos para su género. El trabajo masculino está bajo el dominio de Luisa, mientras que Clark no se decide a dar paso hacia la feminidad. Él no gana absolutamente nada con el nuevo orden de cosas, no sabe qué obtener de esta transacción. Peor aún, tiene que convivir a diario con una hermosa colega que le da tres vueltas.

Luisa y Clark "aparecieron" en 1938. Llegaron a Metrópolis a conquistar mundo, a trabajar en igualdad de condiciones. No es de extrañarse: los muchachos salían hacia la guerra.

Luisa Lane es descrita por John Byrne, quien en 1985 revitalizó la tira cómica donde ella es protagonista, en estos términos:

Pobre Luisa. Cuando la presentaron en 1938 (Jerry Siegel y Joe Shuster), era glamorosa, ruda, tenía muchos recursos y se hacía cargo de su vida y de su carrera (tenía la idea de que parte de ella provenía de la película *His Girl Friday*, con la interpretación de Rosalind Russel como Hildy Johnson). A veces era un poco temeraria, pero podía sobrevivir.

¿Por qué el calificativo de "pobre" para Luisa al inicio del párrafo? A mí no me parece nada pobreteable el ser

<sup>1</sup> En los dibujos animados de la Paramount, dirigidos por Fleischer, se habla de Manhattan, no de Metrópolis.

temeraria y poder sobrevivir. Volvemos a la escena del *Terremoto eléctrico* de 1941, a media segunda Guerra Mundial. No la necesitamos: nos bastan los temores ficticios. Los dibujos animados no aluden a la guerra:

“—Y sigo diciendo que Metrópolis pertenece por derecho a mi gente.”

Los hacedores del poderoso *Daily News* no le hacen ningún caso al elegante y rico personaje. Es un caballero, es un científico, tiene recursos, es indio, y el *Daily News* no quiere atender sus demandas. El periódico no quiere ser cómplice de su reclamo. Metrópolis no es de él ni de su gente, es de ellos y de sus blancos. Enojado porque no quieren darle voz a su consideración sobre la legitimidad en la posesión de estas tierras, el hombre sin nombre los amenaza:

“—Quizá la ciencia moderna los hará cambiar de opinión.”

Iracundo, abandona la sala del *Daily News*. Luisa Lane, que tampoco se ha solidarizado con él (“está loco”, dijo), en cambio sí lo comprende irreflexivamente, intuye su acción, prevé la inminencia de sus actos y lo sigue, sigilosa y rápida, se sube a la lancha en que él ha llegado al periódico y que ahora lo regresará a la guarida. Mientras todo esto pasa, Clark Kent y el director se quedan conversando y opinando sobre el hecho, meditativos. Ella es la acción, ellos dos la reflexión. Ella va tras su nota, es la reportera hábil que no se distrae conjeturando. Al levantarse de la mesa del periódico, llaman la atención sus hermosos tacones de aguja, su caminar sinuoso y su traje que parodia uno masculino: Luisa viste traje sastre de rígida tela y corbata. La falda le recorta unas caderas redondísimas, el par de nalgas suculentas, y bajo el saco sobresalen dos muy bien dotadas redondeces. Todo en ella es sensualidad femenina, seducción, belleza provocativa, ofreciéndose. No es una mujer discreta, guardada tras el mandil con que prepara el desayuno de la familia. Es una mujer que exhibe su sensualidad. No es una madre, un ama de casa, está ataviada con un traje de batalla, dispuesta al trabajo, una espléndida cazadora de notas. Luisa es la reportera que ha olfateado con intuición la nota periodística y que ha sido capaz de actuar con oportunidad, suspicacia y valor para ganarla en legítimo derecho.

El elegante indio científico llega a su guarida y por un azar descubre a Luisa viajando en su lancha. La invita a pasar, con todos los modales de un caballero, y le ofrece un asiento. El asiento es una trampa, se activa un mecanismo que amarra a Luisa cuando él presiona un botón. Luisa y el indio son la misma clase de seres, por eso ella ha *sentido* que él está a punto de actuar. Luisa, como él, opta muchas veces por los trucos. No tiene la fuerza para vencer atacando de frente,

suele atenerse a triquiñuelas que amplifican su delgado poder, como lo que ha hecho este elegante hombre al ofrecerle caballerosamente un asiento-trampa.

“—Ahora, *miss Lane*, prepárese para la historia más grande de su carrera.”

Mientras el indio científico, caballero y rico, comienza a accionar el mecanismo de su invento, Clark y el director del *Daily News* siguen discutiendo posibilidades sentados frente a la mesa de redacción del periódico. El terremoto eléctrico se desencadena, es echado a andar por el indio.

Luisa observa la pavorosa destrucción provocada por la maquinaria del indio-caballero, amarrada a la silla. Pero no pierde su poder de observación. Su arma, la observación, ha permanecido intacta, y el indio le ha ayudado a afinarla, proyectándole la imagen de la isla atacada sobre una pantalla. El indio la provee del ojo que amplifica la desgracia. Mientras tanto, en la isla craquelada, Clark Kent se despoja de su identidad para poder controlar lo que el indio ha desencadenado.

Más rápido que una bala, más poderoso que una locomotora, capaz de volar más alto que ningún avión, esta increíble criatura del planeta Krypton, dotado de una incontenible fuerza, lucha incansablemente una batalla por la verdad y la justicia disfrazado atrás de la imagen del periodista Clark Kent.

Con Luisa Lane y Clark Kent, también dibujado y escrito por Jerry Siegel y John Schuster, apareció Supermán, los tres al mismo tiempo, como si (más que un triángulo de dos, como se le ha calificado) fueran los tres la misma situación, la misma identidad, una sola “persona” encarnada en tres cuerpos.

La acción para suspender el terremoto eléctrico se realiza a velocidad masculina. Vuelos, energía, rayos y centellas, despliegue y despilfarro de fuerza física, los vehículos se desplazan a velocidad de bólidos. Todo es actuar mientras Luisa observa, ve y comprende atada con correas de pies y manos. Clark suspende el terremoto y descubre la guarida desde donde surge la energía que lo ha desencadenado. Persigue al científico-indio-ya-no-tan-caballero y rescata a Luisa de la muerte inminente por ahogamiento y explosión.

“Arriba, en el cielo, ¡mira! ¡Es un pájaro! ¡Es un avión! ¡Es Supermán!”

El episodio termina con Luisa Lane y Clark Kent observando desde el puente la sorpresivamente intacta isla de Manhattan, ella suspira por las cualidades de fuerza sobrehumana de Supermán, él, a quien ella da la espalda, suspira a su vez por ella. Algo se interpone en su amor, y ese algo es Supermán, o lo que ha hecho nacer a Supermán.



Mi pregunta es ¿quién o qué hizo nacer al hombre con superpoderes? ¿Quién o qué indujo, provocó y materializó su aparición sobre la faz de la tierra? La historia original de 1939 nos explica que Supermán alias Clark Kent nació en un desaparecido planeta llamado Kryptón. Sus padres adoptivos son los señores Kent, dos terrícolas que encontraron azarosamente al niño sobreviviente, quienes se encargaron de su educación, aunque fueran incapaces de darle verdaderas raíces. Pero en sus primeros años de vida (en los primeros años de la tira cómica) Clark niño es sólo Clark, y Supermán nace en Metrópolis con Luisa Lane. Años más tarde aparecerá Superboy, que responde más a exigencias del mercado que a las necesidades propias del mito. En el texto citado de Byrne, él mismo repudia la existencia de Superboy:

los creadores de Supermán lo introdujeron ya adulto, en Metrópolis... Cuando Siegel y Shuster crearon a su Hombre del Mañana, realmente inició su carrera ya adulto. Fue hasta varios años después que introdujeron a Superboy a la leyenda que no dejaba de crecer... y la adición de Superboy sólo significaba que habría más supermaterial cada mes. Así que nadie se quejaba.

¿De quién nació Supermán?

Clark se enamoró de Luisa desde el momento en que la vio por primera vez. A pesar de que conocía todo el mundo, él todavía era un chico provinciano, con ciertas ideas de cómo

debería ser una mujer, y Luisa era todo eso y mucho más. Glamorosa, sí, pero mucho más. Era exigente, y curiosa, y tenía los mismos derechos en un campo que antes se consideraba exclusivamente masculino: la redacción de un periódico de circulación nacional. Nunca pidió ningún tratamiento especial porque era sólo una chica y, por lo tanto, nunca se lo dieron. Ella ganó su posición al demostrar que era tan buena como el mejor. Era imposible que Clark no se enamorara de ella.

Como el pobrete de que antes fue objeto Luisa por John Byrne, tampoco entiendo por qué era imposible que Clark no se enamorara de ella. Me resulta incomprensible esta expresión. Es cierto que Luisa es lindísima, pero es verdad también que para Clark, un reportero torpe, ella es el rival que siempre

lo desplaza, puesta su ineficacia y debilidad en evidencia, vencido en el mundo de la prensa escrita. Por las buenas o por las malas, pero lo vence Luisa, bien sea por su intuición y presteza, por, digámoslo así, legítimo derecho o por trucos de la más baja estofa, por triquiñuelas corrientes. Luisa engaña, miente, oculta, es capaz de hacer cualquier tipo de trampa si conviene a su carrera, no tiene escrúpulos, compete sin más ley que su ambición de triunfo. ¿Esto la hace un ser *amable*? “En el pasado —nos explica John Byrne— Clark nunca tuvo oportunidad con Luisa. Ella sólo tenía ojos para Supermán... sólo sentía lástima por su compañero de trabajo.”

¿Es inevitable para Clark enamorarse de una mujer que lo menosprecia y engaña? ¿No deseamos a aquel que descubre en nosotros la belleza de espíritu o cuerpo, a aquel que nos hace en su mirada ser buenos? ¿Por qué es para Clark Kent inevitable enamorarse de la que lo desprecia? Es cierto que en amores no hay reglas, pero en este caso yo sí tengo una respuesta: Clark no puede no amar a Luisa porque ha tenido con ella un hijo que los convierte en cómplices, juntos han dado a luz un fruto de su rivalidad profesional, engendrado por necesidad de convivencia. Clark y Luisa han engendrado a Supermán. ¿De quién nació Supermán, señorita Lane? ¿No salió él de su costilla, como aquella legendaria Eva lo hizo de la de Adán?

Volviendo al episodio de 1941, el terremoto eléctrico, el temblor artificial, provocado a imagen y semejanza de los fraguados por la temperatura del propio planeta, no ha de-

jado huella. Esto comentan Luisa y Clark al término del episodio, cuando observan y se observan desde el puente. La obra provocada por las fuerzas ancestrales, que se dicen legítimas, que reclaman su lugar en el mundo, ha quedado sin memoria. Supermán apareció a tiempo para combatir aquello que, al mismo tiempo que es ancestral, al mismo tiempo que imita a la incontrolable naturaleza, es nuevo, moderno, insospechado. ¿No es así Luisa Lane misma, naturalmente femenina, modernamente eficaz y profesional, un verdadero terremoto eléctrico ante el cual ha tenido que revestirse Clark de una fuerza descomunal, para poder ser capaz de enfrentarla? Es por esto que ella, el terremoto eléctrico cotidiano de la vida de Clark Kent, sintonizó y simpatizó con los actos del creador del devastador terremoto eléctrico que da nombre al episodio de 1941.

A los ojos de Clark Kent, Luisa está dotada de todos los poderes de la feminidad: belleza, erotismo, caminar sinuoso, vestidos y peinados impecables, pero *miss Lane* se ha dotado a sí misma de otros poderes que ponen en jaque constante al pobre (aquí sí me parece apropiado *pobre mister Byrne*), al pobrecillo Clark: Luisa tiene ambición profesional y condiciones para el triunfo. Mientras habitó en el pueblo de sus padres, Supermán, alias Clark, conservó sus poderes en secreto. No ha habido necesidad de ponerlos en acción. Pero al aparecer la Luisa colega a su lado, Clark necesita demostrar que él es más fuerte. ¿Y cómo ser más fuerte que esta mujer habilísima? Mi teoría es que la rela-

ción de Clark Kent con su compañera Luisa Lane, y no el estallido de Kriptón, es la gestora de los poderes kryptonianos, la legítima madre de Supermán. Incluso cuando aparece Superboy por necesidades de mercado, hay una dama frente a él, gestándolo, Lana Lang, la novia pelirroja, obsesionada con hacer que Clark confiese su identidad de Supermán y viceversa. Dice John Byrne:

No sé qué pensaron los lectores de Luisa cuando la introdujeron en el primer número de *Action Comics*, pero sí sé lo que sentíamos por la mujer en que se convirtió en los cincuentas ... La odiábamos ... simbolizaba todo lo que los niños odiábamos de las niñas ... Luisa era curiosa en extremo, fastidiosa e ineficiente, un verdadero dolor de cabeza.

¿Y qué explicación nos da John Byrne del aspecto detestable de esta mujer hermosa, inteligente, astuta y desesperadamente femenina? "Cuando los muchachos regresaron a casa de la guerra esperaban que las chicas regresaran a la cocina, y así lo hicieron, con muy pocas excepciones. Esas excepciones, 'las mujeres que trabajan', parecían aberraciones."

¿Y saben qué hace John Byrne por su parte para remediar la detestable imagen de Luisa, "un dolor de cabeza" (*a pain in the ass*)? Por una parte, él dice que lo que hace es preservar el incógnito de la doble personalidad de Clark y Supermán, sin permitir que Luisa sepa que él es los dos seres. Pero

lo que resulta evidente para cualquier lector es que Byrne despoja a Luisa de belleza y feminidad. Luisa, ya que ha trabajado tanto, no es tan hermosa ni tan femenina, hay algo de masculinidad en su imagen. Ya no tiene una feminidad *irritante*. Cat, otra compañera de trabajo, carga ahora con las enormes tetas y demás insinuantes redondeces. Luisa sigue siendo una reportera eficaz, valiente, astuta, intuitiva. Cat, más manejable para los varones, es una pobrecita alcohólica a quien el jefe tiene que estar recomendando que recuerde a su hijo y que por él olvide devaneos y copas. No le pide que lo haga por ella, por su propia persona o por motivos laborales, su argumentación es que ella debe salvarse por y para su hijo. En Cat, la mujer ha vuelto a perder su valor intrínseco. Vale por el hijo, y no vale porque no tiene una fa-





milia que le impida caer en su vida de perdición. Con la imagen de Cat trabajando de “intercesora” (una mujer menos amenazante, menos provista de “poderes”, por así decirlo), Luisa cede a los requerimientos amorosos de Clarkito. En un capítulo previo, Clark es visitado en su departamento por la ofrecida Cat, quien le guía y lo mimó, lo cuida e invade su territorio, alejando a Luisa del departamento de Clark, para limpiar el terreno de su atracción de escollos.

Es evidente que para Clark Kent resulta difícil construir su masculinidad al lado de una imagen como la de Luisa: competitiva en el campo de la masculinidad, exuberante en lo femenino. ¿Dónde queda el poder del joven Kent, su vara de mando, su masculinidad? Acostumbrado a medirse con la del mandil, a dejar acomodados así los papeles de los géneros, Clark necesita superpoderes para enfrentarse a esta supermujer, capaz de dar vida, poseída de un cuerpo deseable, inteligente, activa, más eficiente que él en el trabajo.

Claro que Byrne tiene otra interpretación: Luisa Lane, —escribió— “podía sobrevivir antes de que Supermán llegara a salvarla, y es fácil asumir que hubiera podido sobrevivir aun sin él”.

No me parece tan cierto esto de que Luisa Lane podía sobrevivir sin el auxilio de Supermán. Estaría por verse. A mis ojos es obvio que ella es incapaz de sobrevivir sin Supermán. Más parecida a la curiosa imprudente que a una astuta capaz de sobrevivir a los desastres que invoca, Luisa me aparece desafocada en los ojos de uno de sus creadores. ¿La curiosidad mata al gato, pero no a Luisa? ¿Es que la Lane no es siquiera una gata, es que ella es indestructible, más zorra

que la más zorra, tan fuerte que ni siquiera la curiosidad puede contra ella?

Luisa Lane profesa la ley del engaño, la trampa y la triquiñuela. Gana sobre el papel la nota, pero habría muerto hace ya mucho en cualquiera de sus arrojadas aventuras si no fuera porque la ha salvado una y otra vez de su debilidad, sus torpezas y su curiosidad insaciable Supermán. Ella vence a Clark Kent, gana las noticias, el prestigio ante la sociedad, pero nada de esto sobreviviría si no fuera por la fuerza bruta y violenta de Supermán. Ella sólo es palabras, una combinación de testimonio y engaño, pero en la realidad *machina* es como un pez fuera del agua, siempre se mete en líos, siempre la están matando. Ella, la civilidad, necesita de los superpoderes para no desaparecer. Luisa es la fuerza civilizada. Lo fe-

menino que hay en ella, al lado de la masculinidad que Luisa se ha atrevido a usurpar, se arrellana en la civilidad. Supermán-Clark Kent, puro músculos y fuerza bruta, no traga la transgresión de los géneros que la época impone. Él es la violencia. Transgrede el orden de la naturaleza y deja intacto al género masculino, dentro de las convenciones que la tradición occidental le ha ido atribuyendo.

Clark Kent no enfrenta a Luisa Lane aunque descubre sus engaños, sus trampas para ganarle espacio. Y, sin guardar resentimiento ante sus bajezas, la rescata una y otra vez de la muerte inminente. Lo que es obvio en las tiras cómicas de Siegel y Schuster es que aunque ella adquiera el prestigio profesional de ser la mejor reportera, aunque sea astuta, valiente, constante y dedicada, Luisa no es nada sino una desvalida a quien hay que auxiliar para que no muera. En cambio, Clark Kent, incapaz de ganar la primera página del periódico, sometido por las astucias y bajezas de Luisa, sin gozar de una imagen de masculinidad y triunfo, debido a las cochinas de Luisa, sobrevivirá y hará sobrevivir. Los papeles se cambian: Clark es el dador de vida. Ella, Luisa, la mujer, es quien gana escaños en el mundo profesional, es la reportera prestigiosa. El hombre-fuerte-sobrepoderoso es el perpetuador de la especie. Es sólo de esta manera perversa como Supermán toma algo del territorio femenino. Ahora él es el generador de la vida, él, que encarna la violencia. Señores y señoras, más rápido que una bala, más fuerte que un huracán, más rápido que un avión, capaz de cargar un edificio con una mano, lo violento ha venido a instalarse en el centro de la polis. La guerra presta armas a la paz. Se acabó, con Supermán, el sueño de una co-

munidad domesticada. Él entierra también consigo la posibilidad del hombre libre de su poder y de la mujer libre de su esclavitud, cuando el poeta preparaba el nuevo orden amoroso ("El poema prepara un orden amoroso. Preveo un hombre-sol y una mujer-luna, el uno libre de su poder, la otra libre de su esclavitud, y amores implacables rayando el espacio negro." "Hacia el poema", en Octavio Paz, *¿Águila o sol?*, 1949-1950).

Ella es taimada, engañosa, y él en cambio inocente. "Pobre Clark, qué pena que perdió su pase", dice Luisa, mientras sujeta en su mano de uñas pintadas el pase de prensa de Clark, cuya ausencia le ha impedido entrar con ella a recolectar la información para la nota que le daría la primera plana. Ella se tropieza, es tan femenina, tan frágil, tan impotente, tan "señorita Lane". Cerca del peligro es más femenina todavía. La falda del rígido traje sastre ondea como si estuviera hecha de seda, tocada por la necesidad de resaltar su *esencia* femenina. La fuerza bestial de la naturaleza, la fuerza destructiva de la naturaleza está por hacerla víctima, si no la rescata el hombre, el masculino que pone orden a las cosas y permite el orden de la vida. ¿No es la mujer más próxima a la natura, no son femeninas las dos, las dos traicioneras? Supermán queda siempre bien parado, y la Lane, como la víbora del árbol del jardín original. "Hay que temer a las mujeres —parece decirnos la tira cómica—. Cuidado con ellas. Miren a la Lane. Nos despoja de todo nuestro espacio." Más fuerte que una locomotora, Supermán está aquí para proteger a los varones de la amenaza Lane. Al pecho, el símbolo del triángulo que las feministas hacen con sus dos manos. Y en el centro del símbolo la S de la serpiente. Cuidado, hay que tenerles cuidado.

"Paramount presents a Max Fleischer cartoon, MCMXLI: Más rápido que un rayo, más poderoso que una ola, más fuerte que ningún huracán, poseedor de una fuerza inagotable, disfrazado detrás de la imagen del periodista Clark Kent..." Clark y el director del *Daily Planet* piensan todo con cautela. Luisa es impetuosa, irracional, actúa sin medir las consecuencias, "quiero ir", dice a la primera. Coqueta, con moñitos en el pelo, toda ella feminidad, también es capaz de acarrear dinamita, de ponerse frente a las fuerzas descomunales de la energía eléctrica, explosiones provocadas por el hombre o estallidos de los poderes incontrolados de la naturaleza. En Clark, en cambio, todo es masculinidad. Es incapaz de un solo rasgo femenino. No ha aprendido lo que Luisa: que es imprescindible viajar entre los dos preconcebidos géneros para constituirse en un ser humano completo. No lo piensa John Byrne, por cierto. Según él, Luisa, por continuar en el *Daily Planet* cuando los chicos han regresado de la guerra, es *como las otras trabajadoras*:

se ajustaron a un molde: amargadas, frustradas, siempre vacías e insatisfechas por su decisión de abandonar el rol que les "correspondía" de esposas y madres. Luisa se convirtió en un claro ejemplo de esta situación. No importaba que fuera la mejor reportera, o "chica reportera", pues era importante hacer la distinción, ella nunca estaría satisfecha, nunca se sentiría completa hasta que engañara a Clark para que revelara que él era Supermán, y de esta manera, ganarse el derecho de casarse con el Hombre de Acero.

No le veo cara de insatisfecha a Luisa Lane (por no hablar de mi experiencia y de las de mis amigas, todas nosotras *como las otras trabajadoras*), por lo menos no lo veo en lo que ella fue en los cuarentas y cincuentas. En cambio, en los dibujos más recientes, los D. B. (Después de Byrne), la masculinizada Luisa sí deja ver algo de enojo, pero su enojo cedió cuando ella "cazó" a Clark-Supermán. Se satisfizo cuando él le dio satisfacción.

Yo que Luisa también me habría enfurecido, si me quitaban así nada más mis encantadores atributos femeninos. Eso hubiera sido suficiente motivo de enojo. Pero de lo que estoy segura es de que este enojo no habría cedido porque me casara con Clark Kent. Me parece que el señor Byrne miente.

La primera Luisa no parecía tener necesidad urgente de un marido. Tenía la vida entera, no había desertado de su coqueta feminidad. Aunque una y otra vez tomara el bando del hombre, aunque comprendiera las pulsiones de la naturaleza y de lo salvaje, Luisa parecía hermosa, femeninamente feliz, hasta donde es posible serlo en un episodio supermánico, porque en todos hay una incomodidad latente o extrema. Nunca se respira el orden connatural, la convivencia del hombre en santa paz con el orden de la ley o de las cosas. Todo es irrupción, algo que se desboca amenazante. Siempre es necesario recurrir a la violencia.

### Leda vs. Luisa

*Quise decir esto: que no puedes casarte con una mujer mayor que tú, más inteligente que tú, más apasionada que tú, más trabajadora que tú, que gana más dinero que tú y que además es capaz de parir un sinnúmero infinito de veces sin que acabes siendo para ella una especie de perro faldero.*

Jorge Ibarguengoitia: *La lucha con el ángel*

Zeus, de facultades sobrehumanas, se transformó en cisne para poseer a la deseada Leda. Perdió sus poderes para engañar y seducir. Clark Kent, en cambio, se transforma en un semi-

diós de fuerza sobrehumana. La Lane se rinde seducida, no por la pluma del cisne, sino por la corte de la fuerza.

Leda recibe en su regazo al cisne. El cisne es suave al tacto, hermoso, digamos que acojinado, y está provisto por natura, y por la voz de la leyenda, de un pene legendario. El cisne está dotado de cabo a rabo de facultades amatorias, es un *ser-amandis*. El cisne es la seducción emplumada. Supermán, "más rápido que un rayo, dotado de una fuerza que le permite cargar con una mano un edificio", no es precisamente la encarnación de un seductor. Con la capa ondeando al aire y los puños cerrados, como un bolido humano, Supermán no quiere jugar al truco de la seducción. Ésas son cosas como de mujeres. Él mejor va a imponer su fuerza.

El cisne suave y la Leda sentada a la orilla del río evocan las sábanas, el lecho. Leda recibe el sexo legendario, erguido y transparente, como alma de la noche, y se engendra el huevo del que nacerá Helena, la diosa orgiástica.<sup>2</sup>

Zeus engaña a la casta Leda con un cuerpo acariciable y un sexo *divino* de infinitas capacidades amatorias. No toma un aspecto que infunda miedo o exhiba fuerza física para poseer a la mujer deseada. Finge ser el cisne perseguido por el águila que busca refugio en su seno. Le toma el pelo, pero no la fuerza. Supermán no fuerza a Luisa, pero es pura fuerza, y con su fuerza la subyuga. Supermán el forzado evoca, en términos de trato sexual, la violación y la violencia, mientras que el cisne evoca la transparencia de una verga erguida, el cuerpo que se despoja de sus huesos y sus músculos para ser sólo deleite sexual, la carne que se abandona al placer.

Supermán apantalla a Luisa Lane con la fuerza. La enamora con los poderes de su cuerpo, no la posee sino la arrasa, y a Clark no le sirve *supermanearse* en lo oscuro para poder llevársela al lecho. El cisne evoca pura potencia sexual. Supermán, la pura deserción del sexo. Confunde poder sexual con fuerza física. Supermán es muchos puños y una carne voladora, pero no se posa en el seno de Luisa transformado en el cisne acariciable que tiene un sexo que simboliza el deseo puro.

En la serie de televisión *Luisa y Clark*, Clark reposa en el lecho deseando insatisfecho a la incansa-

ble Luisa. El muchacho (el actor es Dean Cain) está dotado de bíceps descomunales. El gimnasio lo ha vuelto una exageración ambulante de músculos. Tiene tantos que casi parece, ahora que descansa, una dama gordita. No tiene pelo en el pecho. Tanto ejercitar onanistamente su masculinidad lo ha casi feminizado. Ahora no exhibe su fuerza. Sin ella no puede forzar a Luisa a amarlo.

Al lado del río Eurotas, Leda y el cisne se refocilan en santa paz, acunan a la diosa orgiástica. En las oficinas del *Daily News*, la infatigable Luisa y el torpe Clark acunan la fuerza de Supermán sin tocarse. Lo más vergonzoso, me parece, es que ella se deje engatusar en la ausencia de cisne y que la fuerza bruta que la levanta en sus brazos por el aire le baste como parodia del erotismo. Luisa, deberías charlar un rato con Leda. Que te cuente la delicia erótica que se regalan ella y el *débil* cisne.

\*\*\*

La génesis renovada en el mito Supermán ha parido un Supermán para los noventa mucho más violento. Ahora el héroe tiene el cabello largo, y en un pasaje llora mientras sujeta a una mujer que fallece en sus brazos: es impotente ante la muerte. Ha sido rendido por su propia gestación de violencia. Metrópolis está en ruinas.



<sup>2</sup> "Polux menciona el festival espartano llamado Helenophoria... durante el cual ciertos objetos inmenables eran acarreados en un canasto especial llamado el *helene*... Los objetos pueden haber sido emblemas fálicos, ella era una diosa orgiástica." Cita de Robert Graves.

*Superhombre*: "tipo de hombre muy superior a los demás", dice la *Enciclopedia Salvat*. Lex Luthor difiere de esta definición: él le llama "el verdadero enemigo" y lo acusa de la destrucción de Metrópolis ("¡Ahora acabaré con el verdadero enemigo!"). En una de las nuevas series, *La caída de Metrópolis* (1994, argumento de Dan Jurgens, dibujo de Brent Anderson), Lex Luthor habla "la verdad". El dibujante propicia nuestra complicidad. Los parlamentos de Supermán salen de los característicos globitos, pero Luthor, solo o acompañado, habla en cuadros, es la *vox populi, vox dei*, habla por nosotros, es el recuerdo comunitario, la voz anónima. Supermán es nuestro problema. Dice Lex Luthor, voz de nuestra voz: "¡Cáfen tu juego! Yo no destruiría mi ciudad. ¡Pero haría todo para destruirte a ti!" Metrópolis es la única ciudad del mundo que ha sido destruida, por culpa de Supermán. Él y Luisa Lane son pareja (o triángulo, porque Clark sigue existiendo), pero el círculo de su tensión ha estallado.

El mundo ha quedado devastado. Tal vez si Supermán hubiera optado por convivir sanamente con Luisa, exigiéndole transparencia en sus acciones, reclamándole la misma limpieza en sus actos que él se reclama a sí mismo, y hubiera soportado la idea de esta feminidad perturbadora asociada también a la rivalidad profesional, o a su superioridad profesional, sin ver en esto algo *terrible*, si hubiera aprendido a ser hombre nada más, sin creer que Luisa le arrebatara la posibilidad de construir su cuerpo al lado de ella, Metrópolis seguiría en pie. Lex Luthor tiene razón.

La huella de Supermán ha sido muy profunda. No somos como aquel Clark Kent y aquella Luisa Lane que idílicamente contemplaban su ciudad intacta, después del terremoto eléctrico. El nivel de violencia que ha crecido por el enaltecimiento de las fuerzas masculinas, el despojo a la naturaleza y el desprecio de lo legítimo parece a ratos a punto de devorarnos en pequeña y en gran escala.

A los temores ancestrales que el hombre siente ante la mujer por su capacidad de dar a luz un ser vivo se ha sumado el que despierta Luisa al ser capaz de un poder "masculino". Ha salido de la cocina, se ha quitado el mandil, exhibe su belleza, despliega curiosidad e ímpetu en sus actos. Reordena el mundo. Es una diosa. Supermán, te lo juro, tú desde que fuiste sólo Clark Kent también pudiste endiosarte si te hubieras atrevido a relacionarte con ella sin necesidad de desorbitar tus poderes y atraer como un imán el mal a Metrópolis. No tenías que haberte vuelto el Hombre de Acero. La carne y el hueso bastaban.

Debiste leer en Luisa, Clark, que no simpatizaba con los legítimos dueños de Manhattan, que no era solidaria con el

orden del volcán, con los hombres-águila que reposan bajo tierra, con lo femenino, incontenible, lo que escapa al poder de la masculinidad, sino sólo con lo que tú, como hombre, representas. Luisa Lane no se solidariza con ninguna mujer, en los primeros episodios no tiene amigas, sólo la pasión incontenible por triunfar, por sacar la mejor nota. La hubieras medido, confrontado, y contenido. Y hubieras dejado crecer tu intuición, la percepción sensible, femenina de que te manifestaste aquí y allá capaz. Volvamos al episodio del *Terremoto eléctrico*:

—Y sigo diciendo que Manhattan pertenece por derecho a mi gente —dijo el indio ataviado a la occidental, conocedor de la ley y de la ciencia.

—Posiblemente, pero qué quiere que hagamos respecto a ello —le responde Clark Kent.

—Ustedes tienen un periódico, publiquen la verdad —contesta el indio—. Hagan que evacuen la isla inmediatamente.

—Está loco —dice Luisa, despreciativamente.

—Esto es ridículo —exclama el viejo director.

—¿Ridículo? Quizá la ciencia moderna les hará cambiar de opinión.

—Nunca he escuchado nada tan absurdo —dictamina tajante el director.

Cuando el indio sale, dice Clark:

—¿Sabes?, por su mirada creo que no mentía.

—Oh, no creo que haga nada —le contesta el director.

Clark, si hubieras escuchado tu intuición, más inmediata que la de Luisa, más femenina, más conciliadora, aquel terremoto eléctrico que devastó Manhattan no habría estallado. Tú viste en la mirada del indio que no era ridícula su afirmación, que él no mentía, pudiste hablar con él, llegar a un acuerdo, conciliar, conseguir un pacto que evitara las muertes que después borró el final inverosímil del episodio. Debiste imitar al indio que había asimilado el modo occidental (ciencia, ley, ropas, aliño) sin sacrificar lo propio, incluso utilizando el poder del hombre blanco para defender a su gente. ¿Por qué no te atreviste a constituirte en dos mundos, el femenino y el masculino, para hacer de ti una persona completa, en armonía con el mundo? Tampoco debiste nunca ser magnánimo con Luisa y tolerar sus triquiñuelas y bajezas, sino ser justo y exigir de ella limpieza y justicia. Te prometo, Clark, que Metrópolis respiraría en santa paz.

—Manhattan se ve tan bien como siempre —dijo Clark al final del episodio del *Terremoto eléctrico*.

—Y todo gracias a Supermán —le contestó Luisa. ♦